

## *Arqueología en Nicaragua: 140 años construyendo discurso patrimonial*

Beatriz PALOMAR PUEBLA

Ermengol GASSIOT BALLBÉ

*Departament d'Antropologia Social i Prehistòria  
Universitat Autònoma de Barcelona*

### RESUMEN

La práctica arqueológica en Nicaragua ha seguido una trayectoria similar a la de sus países vecinos. A pesar de su aparente falta de integración histórica, sus elementos teóricos implícitos y explícitos guardan una elevada coherencia interna. En la actualidad, si bien se han introducido elementos formales nuevos, el discurso arqueológico dominante no ha logrado superar los límites de la Historia Cultural tradicional. Únicamente una amplia reformulación de la teoría y el método facilitará la aproximación al objeto real de la arqueología: la explicación del pasado y, con ello, un necesario grado de pertinencia social.

**Palabras clave:** Arqueología Social, Nicaragua, Historia Cultural, Patrimonio.

### ABSTRACT

Archaeological practice in Nicaragua has followed a similar course to those of its neighbor countries. In spite of an apparent lack of historic integration its implicit or explicit theoretical elements keep a high internal coherence. At present, although some new formal elements have been introduced, the prevailing speech hasn't transcended the limits of the traditional Cultural History. Only the wide reformulation of Theory and Method will facilitate the approximation to the real object of the Archaeology: the explanation of the Past and so a necessary degree of Social Pertinence.

**Key words:** Social Archaeology, Nicaragua, Cultural History, Archaeological Heritage.

## DEL ANTICUARISMO A LA ARQUEOLOGÍA: 140 AÑOS DE HISTORIA EN NICARAGUA

La investigación arqueológica en Nicaragua nunca ha ocupado un lugar destacado en los titulares de las publicaciones especializadas de la disciplina. Si intentamos el ejercicio de situarnos en una perspectiva tradicional, las causas nos pueden parecer obvias e, incluso, justificables. Por un lado no ha sido, al igual que el resto del centro y sur de Centroamérica, sede de «*grandes culturas*» o de «*grandes civilizaciones*». Por el otro, las múltiples guerras civiles que ha sufrido el país a lo largo del siglo tampoco han favorecido ni el desarrollo ni la creación de un interés por la Arqueología.

Confinando estos factores a su justo lugar, en Nicaragua podemos observar una práctica arqueológica coherente con sus objetivos a lo largo de toda su historia. Cuando el Encargado de Negocios para las Repúblicas de Centroamérica de Estados Unidos, E. G. Squier, llegó a Nicaragua en 1850, inició una tradición de trabajos arqueológicos que, siempre desarrollando e incorporando nuevos elementos meramente empíricos, habrá de mantenerse en lo esencial hasta la actualidad.

Si aparentemente, y en referencia al conocimiento del gran público no especializado nacional o al más conocedor del exterior, nada remarcable se puede referir en lo concerniente a la Arqueología de este pequeño país, nosotros mantenemos la tesis contraria. Los casi 150 años de práctica en este campo han dado lugar a una tradición ampliamente consolidada y coherente en sí, a pesar de sus propias contradicciones internas. Dos aspectos destacables guían su caracterización:

La práctica totalidad de los investigadores han sido hombres y mujeres de otros países. Dentro de esta lista de extranjeros, la dominación norteamericana es clara. Quizás se podría hacer alguna excepción en sus inicios, cuando a Squier se le sumaron viajeros-aventureros de diversas nacionalidades como Frederick Boyle (1868), a veces científicos en otros campos como Carl Bovallius (1886), casi siempre pretendidos arqueólogos a medio tiempo. Durante estos primeros 50-60 años la arqueología tuvo unos vínculos muy relacionados con la geo-política mundial, básicamente con los intereses del Reino Unido, Estados Unidos y Alemania. Muestra de ello es que la actuación se redujo a «*exploraciones*» de la zona en donde se debatía la posible ubicación del Canal Interoceánico que finalmente se construyó en Pana-

má: las islas del Lago de Nicaragua (Zapatera, Isla del Muerto, Ometepe, So-lentiname) y el Istmo de Rivas, principalmente<sup>1</sup>.

El vacío de investigaciones que se produjo en la primera mitad de siglo coincide con momentos de inestabilidad política, como las diferentes intervenciones de los Estados Unidos y las guerras de Zeledón y Sandino, pero también es contemporánea la construcción del Canal Interoceánico en Panamá, perdiéndose el interés por la otra alternativa que suponía Nicaragua. No obstante, si tomamos en cuenta que los trabajos de Squier coinciden con los momentos más cruentos de las guerras entre liberales y conservadores en el siglo XIX, no nos parece acertado otorgar carácter causal a la variable «inestabilidad política». A pesar de la disminución cuantitativa de trabajos arqueológicos, algunos investigadores, como Samuel K. Lothrop (1926), continuaron realizando trabajos de investigación en la zona.

En los últimos 40 años se ha producido un notable reinicio de la investigación arqueológica en Nicaragua, en gran medida protagonizada por arqueólogos/as extranjeros. Así, mientras G. R. Willey y A. H. Norweb (1950s)<sup>2</sup>, P. F. Healy (1960s), D. Stone, R. Magnus (1970s) y F. Lange (1990s) son norteamericanos, S. Salgado (1990s) es de Costa Rica (aunque estudiante de postgrado y doctorada en EE.UU.), y W. Haberland (1960s) es alemán, sólo encontramos a dos nacionales como directores de trabajos de investigación: Matilló Vila y J. Espinosa, ambos durante los 1960-70s. El hecho se agrava en los últimos ocho años, cuando desaparecen o quedan relegados a un segundo plano los equipos que trabajaron durante el gobierno sandinista con arqueólogos cubanos como V. Piedra, costarricenses como V. Holguín, o con —los en aquel entonces doctorandos por la Sorbona— F. Gorin (1990) y D. Rigat (1992). La presencia de unos pocos equipos norteamericanos ha pasado a dominar progresivamente la práctica arqueológica del país.

Las investigaciones llevadas a cabo se han ido desarrollando dentro de la llamada Arqueología Histórico-Cultural, aunque los principales protagonistas nunca se han puesto públicamente una «etiqueta». Con el tiempo, y es-

<sup>1</sup> De hecho, la obra de Squier titulada *Gentes y Paisajes de Nicaragua* (1989) donde hace referencia en un capítulo al potencial arqueológico del Lago Nicaragua, no es en realidad más que lo que hoy se llamaría un «estudio de factibilidad» en el que se evalúa el potencial y el precio de la mano de obra, características físicas del terreno, valoración de los costos en general en el caso de decidir trazar el canal interoceánico por Río San Juan, el Lago Nicaragua y el istmo de Rivas.

<sup>2</sup> Las fechas indicadas entre paréntesis hacen referencia a la década en que las respectivas investigadoras/es han desarrollado su trabajo de campo en Nicaragua.

pecialmente en los últimos años, las principales aportaciones se han centrado en el incremento de tipos, complejos y variedades cerámicas, así como en la modificación de los límites del Área Cultural de la Gran Nicoya, definidas por Lothrop en 1926 en base a tipologías cerámicas, aunque el término fuera definitivamente acuñado por Norweb en 1961. Finalizando la década de los 1990s en Nicaragua los estudios continúan centrándose en el objeto, el resto arqueológico, elevándolo finalmente a objeto de estudio de la Arqueología (Lull y Micó 1997; Vargas y Sanoja 1990). El carácter empirista de este tipo de estudios se agrava tanto por la metodología del trabajo de campo como por el tipo y el sentido de las analíticas implementadas.

### **ARQUEOLOGÍA EN NICARAGUA EN LA DÉCADA DE LOS 90: EL PARADIGMA DOMINANTE**

Durante la década de los años 90 la Arqueología en Nicaragua ha estado centralizada, en la práctica, por arqueólogos/as norteamericanos, con una fuerte presencia de la Universidad de Colorado en Boulder, pasando a conformar lo que en adelante denominaremos «arqueología histórico-cultural en Nicaragua». Nos referiremos así a la arqueología realizada actualmente en Nicaragua, caracterizada como veremos por su concepción objetual de la arqueología<sup>3</sup>, su carácter tradicional basado en la redefinición de áreas y sub-áreas culturales y su corte claramente colonial (*sensu* Patterson 1986). Si bien es cierto que ha habido algunos proyectos de investigación dirigidos por otras/os profesionales, éstos han sido marginales (o más bien marginados) y sin mucha resonancia, siendo su existencia silenciada por parte de las instituciones competentes.

Los cuatro arqueólogos que trabajan en el Museo Nacional de Nicaragua poseen una formación en el campo de la arqueología calificada en Nicaragua de «empírica»<sup>4</sup> siendo, en el mejor de los casos, licenciados en Ciencias Sociales o en Biología. En la actualidad, solamente dos de los cuatro arqueólogos entienden la necesidad de recibir formación profesional por parte de la

<sup>3</sup> En este caso, creemos aplicable el calificativo de «arqueología objetual» de Vargas y Sanoja (1990). Los autores citados introducen este concepto para nombrar la tradición arqueológica que considera el mero objeto arqueológico como fin último de la investigación. Dicha arqueología desvincula el resto material de los contextos histórico-sociales que le dan sentido.

<sup>4</sup> En Nicaragua se tilda de «empírico» a todo aquél o aquélla que ejerce una profesión sin titulación académica. No tiene nada que ver con el método de investigación, aunque la mayoría de las veces ambos «empirismos» suelen coincidir en la misma persona.

nueva Licenciatura de Arqueología de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua-Managua<sup>5</sup>.

Para entender las premisas que guían la arqueología que predomina actualmente en el país, debemos partir, muy al contrario de lo que una/o tiende a pensar en un principio, de que existe una conciencia por parte de los actuales arqueólogos nicaragüenses de qué cosa es la Arqueología. A partir de su definición de la ciencia arqueológica y de la propia concepción de la realidad se genera una práctica de la arqueología muy concreta: llegamos así al concepto aglutinador de praxis (Gramsci 1983). En contraste con lo que se ha tendido a interpretar queremos aclarar que, a nuestro entender, la definición gramsciana de «praxis» no implica, necesariamente, una postura político-intelectual de izquierdas. Cuando Gramsci entiende que toda praxis implica una actitud crítica en consonancia a una concepción del mundo determinada (*Weltanschauung*), simplemente remite a la superación constante y a la ordenación que cada uno/a debe realizar de forma coherente con sus «propias intuiciones del mundo y de la vida» (Gramsci 1983: 39). Asumiendo entonces la praxis como la interrelación entre concepción del mundo, pensamiento teórico y ejercicio práctico, debemos aceptar que existe una praxis determinada que caracteriza la arqueología histórico-cultural actual en Nicaragua. De aquí se deriva, como veremos más adelante, que las acciones concretas (práctica) de la arqueología oficial nicaragüense son totalmente concordantes con el núcleo de sus objetivos generales, tanto políticos como teórico-científicos, siendo ambos indisociables.

Nuestro objetivo en este punto es demostrar cómo dicha praxis arqueológica predominante hasta ahora en Nicaragua responde a un todo coherente y lógico, sin divorcios entre su definición del objeto de estudio de la arqueología, la metodología implementada, las explicaciones generadas<sup>6</sup>, y su inserción social. A pesar de esta concatenación coherente de momentos del generar conocimiento (meramente empírico), veremos cómo la adquisición de un nuevo discurso en lo formal-aparente no está exento de contradicciones con lo esencial-real del mismo. Veremos, además, el porqué de la necesidad de la adopción de un discurso que es ajeno a la verdadera epistemología subyacente a esta Arqueología.

---

<sup>5</sup> La Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua (UNAN-Managua) está impartiendo la primera Licenciatura de Arqueología en Nicaragua con el objetivo de subsanar la falta de formación de profesionales en el campo de la Arqueología.

<sup>6</sup> Esta segmentación del proceso de generación de conocimiento científico la establecemos aquí a instancias analíticas, cf. con el apartado 4, de Conclusiones.

## La definición de Arqueología dentro de la praxis dominante en Nicaragua: el objeto de estudio

La definición más reciente de Arqueología que aparece en una publicación sobre Nicaragua (y casi la única explicitada) dice así: «Es la disciplina científica responsable de la recuperación y estudio de la prehistoria, o de los tiempos prehistóricos, o la época histórica donde hay una ausencia de información escrita; contribuye al mejor conocimiento del presente y en la preparación para el futuro» (Lange 1995: 157). En este enunciado se esconden una serie de confusiones y aparentes buenas voluntades que, en el fondo, definen por sí mismas la concepción de la Arqueología dominante en Nicaragua. No se diferencia el objeto de estudio de la Arqueología de la asignación cronológica que el autor le atribuye. Tal confusión encubre la identificación entre el objeto de estudio y el propio objeto arqueológico, el resto material. Esta idea no sólo la apoya la práctica arqueológica desarrollada (centrada básicamente en la recuperación de objetos materiales) como veremos más adelante, sino también la idea subyacente al término «recuperación», sinónimo para ellos al de «rescate»: lo que se rescata o se recupera no serán sino los restos materiales, los objetos arqueológicos. La adscripción al campo científico se pretende dar en base a las construcciones de tipologías cerámicas, sin un intento tan solo de definir el concepto «tipo» y, en los últimos años (Lange 1996), realizando una larga suma de analíticas sin tener preguntas ni hipótesis para llevar a contrastación.

Las implicaciones inherentes a tener como objeto de estudio al objeto arqueológico *per se*, y básicamente el objeto cerámico, son infinitas. En un plano sincrónico-horizontal conllevan la definición de su extensión espacial, de sus límites, derivando así en la creación y definición de «Áreas Culturales». A nivel diacrónico-vertical, serán vitales los conceptos tradición, fase, etc. Las consecuencias son obvias: los grupos humanos nunca son estudiados desde un enfoque histórico-social, sencillamente no es este el objeto de la arqueología histórico-cultural. Se tiende a explicar, en el mejor de los casos, los movimientos de las poblaciones y de sus influencias, manifestados en la distribución geográfica de los tipos cerámicos y la cronología de esos movimientos. Las publicaciones producto de los trabajos arqueológicos referidos en Nicaragua son una muestra de ello: la única preocupación es la de establecer la distribución en un mapa de tipos cerámicos establecidos estilísticamente para definir los límites del *Área Cultural de la Gran Nicoya* y sus relaciones —de cierta dependencia— con el norte mesoamericano.

## **Del objeto de estudio definido (el resto material) a la metodología necesaria para acercarse a él. Una limitación, una solución: intento del uso del elemento explicativo en el discurso histórico-cultural**

En varios lugares se han expuesto las dificultades de las arqueologías histórico-culturales para generar explicaciones de las sociedades y su dinámica (Lumbreras 1981; Lull y Micó 1997; Trigger 1989; etc). No hablaremos de ello en este trabajo. Esta dificultad, que tiene origen en las limitaciones teóricas y continuidad en las líneas metodológicas seguidas, conforma un elemento perfectamente integrado en la praxis arqueológica dominante en Nicaragua. Lejos de conformar una contradicción esencial, la no generación de un discurso explicativo científico participa armónicamente de este tipo de quehacer arqueológico.

Con los objetivos *de facto* centrados en un segmento de los objetos tangibles conformadores de la evidencia arqueológica, la cerámica especialmente, entendido además como un conjunto de particularidades (sumas de tiestos), la explicación de las causas sociales de esta evidencia no deja de ocupar un plano muy marginal (Lange [ed.] 1995, 1996). Las técnicas y metodologías concretas de campo están totalmente adaptadas a los intereses que se tienen. Todas las excavaciones se realizan por medio de niveles arbitrarios de 10, 15 ó 20 cm y generalmente la determinación del lugar y área a excavar se establece intuitivamente y sin mediar criterios explícitos algunos. Esta falta de interés por los contextos de deposición explica el escaso desarrollo de elementos tales como la ubicación espacial de objetos y rasgos *in situ*, técnicas de registro, de descripción estratigráfica (y posterior interpretación) y los procesos postdeposicionales en sí. Ello concuerda con la asignación del calificativo «cultural» a cualquier unidad estratigráfica (básicamente, un nivel, no un estrato) que contenga una cantidad «suficiente» de tiestos.

En los últimos años se han introducido ciertos elementos a esta praxis. Por un lado han llegado a la región ciertas críticas que la arqueología procesual planteara a la arqueología tradicional a partir de los años 60. Aunque su grado de incidencia en los equipos norteamericanos que han trabajado en Nicaragua<sup>7</sup> haya sido relativamente reducido, no lo fue tanto en ciertos círculos regionales donde los requisitos de explicación y de un aparente rigor me-

---

<sup>7</sup> Quizás centrada básicamente en ciertos estudiantes de finales de los 70 que adoptaron aspectos del modelo ecológico un tanto acríticamente, aunque generando pocos cambios en las metodologías de investigación. Magnus (1974) es un ejemplo de ello.

tolodógico encontraron eco, como por ejemplo en Costa Rica o Honduras. El desarrollo de la Arqueología Social en los años 80 con representantes nacionales en Costa Rica y Guatemala, impuso a los equipos tradicionales extranjeros ciertos retos a los que había que responder, al menos en lo formal-aparente. Uno de ellos fue la vinculación social a la que se pretende contentar con la generación de un discurso altamente *«patrimonialista»*. Otro de los retos a responder será el de la explicación de la historia y el rigor en el método. Ello conllevó que, a finales de los 80 y especialmente en los años 90, se realizara un esfuerzo para dotar de estos elementos al discurso generado.

Como se ha indicado más arriba, se explicita un «nuevo» objeto de estudio de la disciplina: *la sociedad o la historia de la sociedad* (Lange 1995). Evidentemente, el elemento *«pasado»* para delimitar temporalmente su objeto continua siendo omnipresente. Se buscará reproducir, al finalizar cualquier trabajo, algunos enunciados explicativos sobre aquello que, supuestamente, se ha procedido a estudiar. No obstante, en muy pocos casos se procede a la conformación de un modelo explicativo previo, basándose en proposiciones hipotéticas que serán validadas o no a lo largo de la investigación. Tal esquema (simple) deductivo no es seguido en absoluto. Así, los diferentes artículos realizados, por ejemplo dentro del «Proyecto de Arqueología Metropolitana» siguen un esquema totalmente empírico de descripción de los materiales para concluir con un conjunto de inferencias sin ningún tipo de nexo expresado con lo descrito. Por ejemplo, en el sitio Villa Tiscapa, al observar el acabado de la cerámica se concluye que *«estos grupos manejaban con maestría la fabricación de la cerámica, lo que permite inferir que eran grupos sedentarios, y que basaban su subsistencia en la agricultura, en combinación con la silvicultura y la caza, además de aprovechar los recursos lacustres»* (Espinoza 1995: 19).

El discurso explicativo generado se puede reducir a unos pocos puntos que se acostumbra a reproducir constantemente: a) la presencia de agricultura (inferida a partir de la existencia de cerámica), b) la organización social en torno a cacicazgos jerarquizados inferida a partir de la policromía (asociación matizada por Lange 1996), y c) la constante influencia del norte, de la cual son diagnósticos tanto la propia policromía cerámica como la presencia de obsidiana. Estos son los ejes del discurso. Si bien en ellos se introducen aplicaciones analíticas técnicamente más sofisticadas (Lange *et al.* 1987), el nexo entre el desarrollo de ciertas recurrencias empíricas y la conclusión formulada continua siendo, a menudo, inexistente. Pasaríamos así de la descripción de una serie de datos empíricos, como recurrencias en las pastas de ciertos tipos cerámicos, a la explicación de modelos de difusión «cultural», prescindiendo de la operacionalización de conceptos teóricos (o de

las tan procesuales leyes de rango medio). Así ocurre, por ejemplo, cuando se justifica la existencia de clásicos modelos de migraciones procedentes del norte, basándose en las cuales se explica todo cambio social, por la procedencia de ciertos tipos cerámicos (Lange *et al.* 1987).

Un ejemplo ilustrativo de lo expresado lo constituye el análisis de la obsidiana encontrada en contextos arqueológicos nicaragüenses en 1993-1994 y presentado por Braswell (1996). En él se distinguen las fuentes de procedencia de los materiales analizados mediante INAA (Instrumental Neutron Activation Analysis), determinando dos grandes áreas de procedencia, una en Mesoamérica y otra conformada por fuentes internas de Nicaragua. El autor define el primero de los dos conjuntos por el claro predominio de elementos laminares, estableciendo así una relación directa talla laminar-«tradicción mesoamericana», pero sin relacionarla con la variable «materia prima», en este caso la obsidiana. El segundo conjunto, el local, vendrá caracterizado por lascas con una longitud relativamente baja, un índice filo/peso también bajo y una estandarización nula; una vez más, a pesar de introducir también como variable caracterizadora del conjunto la materia prima, en este caso obsidiana o vidrio volcánico diferente del anterior, no se establece relación alguna entre tecnología-materia prima-producto obtenido. La presentación de estos datos no sólo justifica la presencia de culturas en Nicaragua menos «capaces tecnológicamente»<sup>8</sup> que en Mesoamérica (Lange *et al.* 1992), sino que también se establecen dos modalidades de circulación de la obsidiana de Guatemala a Nicaragua. En un primer momento, un comercio centralizado hasta Quelepa, El Salvador. El desplazamiento posterior, cruzado ya el umbral de la Gran Nicoya, se produjo a base de intercambios «entre iguales» (descentralizados) al no existir un poder político aglutinador. Según Braswell, ello confirmaría la división entre sociedades estatales y cacicazgos descentralizados que propone Lange. Este pensamiento, evidentemente circular, contiene además, graves defectos técnicos. Se obvia totalmente la relación forma y función de los artefactos, que podría dar cuenta de este «atraso». Y sobre todo, no se entra a buscar en las características de la materia prima la explicación de fracturas y potencialidades de talla diferenciadas. Así, se podrían determinar los diferentes tipos de fractura en función del tipo de microestructura cristalina de la materia prima. Este es un ejemplo, hay más, del uso de una técnica costosa y deslumbrante, pero no pertinente para las conclusiones a las que se quiere llegar.

---

<sup>8</sup> «It is possible that in Nicaragua technological expertise was insufficient to manufacture blades in the 6-8 cm/g range» (Lange *et al.* 1992: 166).

Tal sofisticación técnica no se presenta en los estudios hechos por nicaragüenses. De esta forma, la cerámica se clasifica meramente siguiendo el sistema de «tipo-variedad». Ello comporta el trabajo con los llamados tiestos diagnósticos, que, aunque en muchos casos no se especifica qué proporción representan del total de material cerámico, en algunos «sólo el 7% fueron clasificados» (Brown *et al.* 1996: 10). En otros lugares, como en el Sondeo #1 del Sitio Los Placeres, la cerámica clasificada no pasó del 22,8% (Stauber 1996: 53-55). Incluso cuando la analítica abarca a una parte mayor de los objetos cerámicos (Espinoza *et al.* 1993), la única tarea realizada es una clasificación basada en elementos decorativos y de la superficie, y en el recuento de tiestos. No existen otros sistemas de contabilización de cerámica (índices fragmentos/peso, número de individuos...). Otro tipo de estudios de aspectos como la composición de la pasta, que podrían dar cuenta de procesos productivos, son aparentemente desconocidos. Es a partir de trabajos de este tipo cuando se justifica la asignación de un sitio a una u otra «área cultural».

El proceso de análisis de materiales arqueológicos (decimos materiales pues las relaciones entre éstos y de ellos con otros ítems todavía no se han emprendido) no está integrado en un proceso metodológico definido (ni deductivo ni inductivo). Si bien domina una ida de lo particular a lo general, este camino no cumple con los más mínimos procedimientos lógicos. El esquema seguido, es, pues, la reafirmación constante de ciertos axiomas e hipótesis (aunque jamás formuladas como tales) a modo de teoremas. Las afirmaciones generadas mantienen una increíble continuidad con las realizadas por otros predecesores/as en el tiempo: Stone, Norweb, Lothrop... Finalmente, este discurso queda plasmado en las instancias más cercanas a la sociedad como puedan ser los museos locales, artículos periodísticos, etc.

### **La integración de la Arqueología histórico-cultural en la sociedad nicaragüense**

Asumiendo la tesis defendida de la existencia de una coherencia en la praxis desarrollada por la arqueología histórico-cultural en Nicaragua, enfocaremos en este apartado su participación en la sociedad en que es generada. Llegados a este punto, partimos del hecho que el desarrollo «social» de la Arqueología en el país es una función directa de la praxis llevada a cabo. Plantear un estado de subdesarrollo para la Arqueología y la Museología, entendida ésta como prácticamente la única forma de socialización del Patrimonio, no deja de ser un eufemismo. Evidentemente, ha de tenerse en cuen-

ta la situación económica del país, con un presupuesto estatal para el Instituto Nicaragüense de Cultura en abierto retroceso. Pero por otro lado, existen posibilidades alternativas de generar recursos como por ejemplo vía ONGs, Oficinas de Cooperación de diferentes países, iniciativas cívicas<sup>9</sup>, etc. Si bien los montos presupuestarios de las instituciones relacionadas con la Arqueología y el estudio de la Historia son bajos, también es cierto que la elección de prioridades de gasto deja mucho que desear. Abordaremos más abajo, sólo de manera muy tangencial, este aspecto.

Seguidamente, pretendemos profundizar en los aspectos nucleares de la ontología hegemónica, especialmente en lo concerniente a su concepción del objeto de estudio. La razón de este enfoque es sencilla: entendiendo la Arqueología de Nicaragua como una praxis, los elementos puramente prácticos, tal y como se ha demostrado en la explicación sobre el desarrollo de metodologías concretas de investigación, así como la relación con el entorno social actual (ambos puntos de contacto de la arqueología con lo concreto), deben entenderse en relación a su estructuración teórica. Esperamos ejemplificar esto en el siguiente apartado.

### **La noción de Patrimonio como eje de la integración política de la Arqueología**

Al igual que los diferentes ámbitos del quehacer arqueológico arriba señalados, la relación de la arqueología oficial nicaragüense con la sociedad es consecuencia directa de la visión objetual expuesta. A pesar de ello, el discurso está incorporando abundantes referencias terminológicas aparentemente novedosas e incluso progresistas (véase Lange y Molina 1995 o Lange 1996 como ejemplos destacados). En este sentido, son sintomáticas las

---

<sup>9</sup> Este tipo de alternativas no son en absoluto utópicas, aunque está claro que no es la tónica general en ningún país. En el caso de Nicaragua, la UNAN-Mga. está desarrollando investigaciones en una Unión de Cooperativas Agrarias a petición de la propia comunidad. Se trata no sólo de evaluar el potencial arqueológico de las cooperativas, sino de establecer un largo diálogo participativo para alcanzar el objetivo que la comunidad se ha planteado: conocer y proteger su patrimonio histórico, no con vistas a una explotación turística, sino destinada a un consumo por parte de la comunidad (que cuenta con sus propias escuelas e instituto). El esfuerzo colectivo para acoger a los estudiantes y profesores de Arqueología de la UNAN-Managua durante los trabajos son ejemplares, como también lo es la capacidad de la UNAN de comprometerse con proyectos con una clara proyección social sin que ello suponga un descenso cualitativo de las investigaciones.

referencias a conceptos engendrados dentro de la Arqueología Social como «herencia cultural» (Vargas y Sanoja 1990) o de círculos de la izquierda política latinoamericana (véase Lange *et al.* 1996: 173). Evidentemente, su significación aparece transfigurada.

El elemento vertebrador de la relación Arqueología-Sociedad lo constituye la noción de *Patrimonio Arqueológico*. Dicho concepto, que por su centralidad debería aparecer altamente operacionalizado, es asumido *de facto* en el discurso, pero en absoluto caracterizado. La delimitación de su significado se deja, en todo momento, a referencias secundarias. Ello contribuye a otorgarle un carácter trascendental a modo de entidad preexistente a la propia actividad arqueológica. En ninguna ocasión se ha definido el concepto como producto de una legislación donde se delimita qué cosa es y hasta dónde alcanza esa entidad que denominamos Patrimonio. Parece, más bien, que se trate de algo esencialmente ligado al «pueblo», a su práctica histórica. Pero, como también justificamos más adelante, y ésta es la diferencia respecto a algunas propuestas progresistas dentro de la Arqueología Latinoamericana, el Patrimonio es entendido como un segmento aparte de la dinámica social actual.

En los escritos publicados en Nicaragua y dirigidos básicamente a un público regional se insinúa que el Patrimonio es el nexo Presente-Pasado. Así, se aboga para que «*se contemple el rescate del Patrimonio Cultural, no solamente por el acto mecánico de cumplimiento de la ley, sino como toma de conciencia hacia la protección de nuestra historia antigua, sustrato básico del ser nicaragüense*» (Espinoza y García 1995: 85). Por un lado existe, según los autores, una linealidad entre Patrimonio e Historia (habrá que ver si por dinamización de los objetos o por objetualización de la Historia). Por otro, un nexo directo entre este Patrimonio/Historia y la realidad presente (la «idiosincrasia», el «ser nicaragüense»). Supongamos que en el primero de los puntos remarcados la linealidad comporte una des-reificación del objeto del «rescate arqueológico» en consonancia con la noción de estudio de la sociedad tan pontificada por la forma reciente del discurso.

En los últimos escritos que tratan el tema del Patrimonio en Nicaragua se diferencia «*patrimonio arqueológico*» de «*patrimonio natural*» en el sentido de que «*los recursos culturales son no renovables, y los naturales renovables (...). En términos biológicos, mientras exista una población procreativa, la naturaleza es recuperable, pero una vez se destruye un sitio arqueológico/histórico, queda perdido para siempre*» (Lange 1995: 6); o bien «*Los Recursos Arqueológicos No Son Renovables: Un árbol puede ser cortado y se puede plantar otro para reponerlo; empero una vez un sitio arqueológico se altera o se destruye, simplemente se pierde*» (Lange y Espi-

noza 1995: 130). Evidentemente, para el autor hay una discontinuidad básica entre ambos tipos de «*bienes*», el «*natural*» y el «*cultural*». El cultural, especialmente el generado en el pasado, tiende fatalmente a desaparecer a través del tiempo. Aunque sea asimilado en lo formal como producto de la historia humana (ver *supra*), es la propia actividad humana quien genera su destrucción. La razón de su valor es el ser un producto social del pasado pero, a su vez, entra en contradicción con otros productos sociales, esta vez del presente. Su principal característica es, pues, su carácter estático y discontinuo respecto a la actualidad. Una vez se crea, se mantiene como tal a menos que lo afecten procesos degenerativos (que en ningún lugar se menciona que puedan ser naturales). Fenómenos tales como el incremento de la densidad de población, el crecimiento del área urbana de Managua y «la modernización de un país» provocan que en la actualidad «*el patrimonio prehistórico-histórico está en mayor peligro que nunca... [y que] dentro de los próximos 25 años, la mayor parte de los recursos arqueológicos de la zona urbana de Managua estarán destruidos, y con ellos el conocimiento de los antepasados*» (Lange y Espinoza 1995: 130). Se produce entonces una contradicción Sociedad-Patrimonio Arqueológico una vez éste es creado por aquélla.

Por otro lado, la actividad humana parece estar totalmente alejada del *Patrimonio Natural*, con una preexistencia propia e independiente. O lo que es más grave, que la acción humana sobre este elemento que se representa como totalmente externo (la Naturaleza), no genera ningún tipo de elemento arqueológico. Se presenta, pues, una separación artificial entre esferas patrimoniales que respondería a características diferenciales de los elementos materiales (físicos) que lo componen, por ejemplo, un bosque de pluvioselva y una vasija del Polícromo Medio. Es, entonces, el propio objeto el elemento definidor de lo patrimonial que, en base a sus características, se incluye en una subclase u otra. La definición del Patrimonio viene de la existencia del Patrimonio en sí, no de otras esferas sociales vinculadas a la praxis presente (legislación, potencialidad emancipatoria, etc.) A pesar de que se afirme reiteradamente que «*[los] recursos arqueológicos son los objetos o áreas modificadas por la acción humana y el marco específico en que se encuentran*» (Lange 1996: 157) la concepción de lo arqueológico gira en torno a una visión totalmente objetual. Todo aquello que no es objetual (por ejemplo variaciones en proporciones de ítems en columnas polínicas, laterizaciones de estratos arcillosos de hace 500 años causadas por la actividad de producción-reproducción social) no es Patrimonio Arqueológico.

En las más recientes publicaciones esta concepción «reificadora» del objeto de la Arqueología (a saber, la preservación y rescate del Patrimonio) se muestra bajo una nueva dimensión. Así, si el objeto o «patrimonio» por ex-

celencia había sido el material cerámico, en la actualidad se está «modernizando». Así por ejemplo se afirma que «*con cualquier artefacto, es primordial conocer en qué nivel del suelo se encontraba, o si formaba parte de un fogón, o si se encontró asociada con objetos de la misma clase; si había huesos, conchas u otros materiales culturales*» (Lange y Espinoza 1995: 131). Pensamos que en esta visión influyen varios factores. Probablemente varios de los integrantes de la práctica arqueológica prevaeciente en el país comparten acriticamente una noción de Patrimonio Cultural por su situación como colectivo profesional y por su escasa formación teórica. A nadie se le escapa que en Nicaragua, con los graves problemas económicos de la mayoría de la población, la Arqueología objetual requiere de justificaciones convincentes. Si el rescatar artefactos del pasado no genera enunciados explicativos de este pasado ni, evidentemente, respuestas a problemáticas del presente, la Arqueología no sirve para nada. Ni en Nicaragua ni en ningún otro lugar. Más concretamente, no sirve para nada a amplios sectores sociales. La noción esencialista de un Patrimonio Cultural/Histórico/Arqueológico en constante riesgo de extinción, viene a suplir este vacío: un interés supraclasiista nos une en esta gran tarea nacional: el rescate. Si la salvaguarda y rescate del Patrimonio se constituye como de interés nacional queda justificado, ante una población pauperizada, la inversión en salarios y dietas que el Estado realiza para la Arqueología, aunque ella jamás conozca el producto de tal gasto.

El otro elemento deriva directamente del nivel de formación de los arqueólogos nacionales activos en Nicaragua. Formados en el sentido común, que entiende la arqueología como el arte más o menos refinado de recuperar objetos de debajo de la tierra, no lograron romper con esta visión durante la Revolución Sandinista. Con el advenimiento del gobierno Chamorro en 1990, la entrada en escena de Frederick Lange y sus estudiantes de Colorado impuso la aceptación acritica de ciertos principios teórico-metodológicos. Desgraciadamente, como quizás el 90% de la «Arqueología Made in USA», éste se mueve dentro de las concepciones más tradicionales de la disciplina (Whallon 1987: 103). Opciones de formación, como la representada por la Licenciatura de Arqueología de la UNAN-Managua deberían tener como objetivo prioritario combatir concepciones teóricas que definen una praxis como la que se analiza.

Muy probablemente la mayoría de los integrantes nicaragüenses de la Arqueología histórico-cultural referida desconocen las implicaciones reales de ciertos axiomas defendidos. Incluso probablemente desconozcan la existencia de tales construcciones. Así, se deduciría su posición marginal con respecto a la praxis arriba caracterizada. En todo caso, su participación deri-

va de una asunción catecística de ciertos planteamientos. En términos gramscianos sus acciones corresponderían, pues, a una actitud práctica desconocedora de sus implicaciones globales (Gramsci 1983). Entremos a este punto analizando las implicaciones últimas de este uso del «Patrimonio», las que, con toda seguridad, son conocidas por los generadores reales del discurso.

### **El carácter conservador de la noción analizada de Patrimonio**

Se han mostrado referencias que implican que el Patrimonio, que se asimila a «nuestra historia antigua», está confrontado con el devenir social presente. Ello, evidentemente, comporta una disociación tajante del pasado respecto a la actualidad. La contradicción entre Patrimonio y actividades dadas en la actualidad, explicitada adecuadamente en algunos escritos, genera un conjunto de actuaciones prácticas constitutivas de una praxis muy concreta. Se asume casi como obligación el conocimiento de este pasado. Pero el pasado, más que un conjunto de gente que vivió en un territorio a lo largo de un lapsus de tiempo, con unas dinámicas internas específicas, viene constituido por un conjunto de piezas. Éste presenta rentables ventajas a corto plazo respecto a una visión de las sociedades pretéritas. Por un lado, es un sujeto susceptible de transacciones comerciales. Por otro, es un pasado muerto, no dinámico, y que por lo tanto difícilmente representa un cuestionamiento del presente.

Una visión objetual de la realidad pretérita facilita la transmisión de valores del capitalismo. A nivel del gran público, consumidor del discurso generado, se le empapa de elementos valorativos totalmente mercantilistas de los restos arqueológicos. Lo importante de la cerámica, por poner un ejemplo, es su apariencia de lujo, que quedará ofuscada delante de un objeto de oro. En este sentido, en contextos de expansión de unas ideas de propiedad vinculadas directamente a la idea de dinero (y que contribuyen fuertemente a la disolución de la propiedad comunal en las zonas indígenas o a apoyar las políticas crediticias restrictivas en el Pacífico) comporta la monetarización de este pasado. La existencia de puntos de venta de cerámica precolonial cerca de algunos supermercados capitalinos de la clase alta es ilustrativa en este sentido. El pasado es un producto de transacciones mercantiles, lo que comporta que va a ser el dinero quien lo detente. Un factor de gravedad de este comercio, más allá de la simple circulación de objetos antiguos, es la rotura de la identificación de grandes sectores de la población con su historia. Así por ejemplo, ello contribuye a la irrupción de las modas alimenticias

y del consumo de productos de baja calidad norteamericanos, aniquilando cualquier producción autóctona (de algo tan simple como recetas de comida). La destrucción de la noción de Pasado contribuye a ciertas políticas de conformación de una realidad muy concreta: la dependencia a todos los niveles. Este tipo de investigación «*separated the modern residents of Central America from their past. (...) It was used by states to defend the status quo and to legitimate the oppression of the vast majority of their citizens, preventing their emancipation*» (Patterson 1986: 12-13).

Queda claro, además, y ya se ha expresado en otros sitios, que la reducción del Pasado a un cúmulo de objetos facilita:

a) La conformación de discursos históricos basados en inferencias difícilmente sustentables más allá de lo hipotético. He aquí un elemento caracterizador de la Historia Cultural: las asimilaciones de ciertos objetos arqueológicos a ciertas dinámicas sociales de manera acrítica. Uno de los ejes vertebradores sobre el pasado precolombino, además de su supuesto atraso tecnológico respecto a las sociedades mesoamericanas (Braswell 1996), es la crítica valorativa a la noción de progreso (Lange 1996). Nos referimos, no al cuestionamiento del progreso como razón inmanente al proceso histórico (no se emprende esta discusión) sino a la caracterización negativa del cambio social. Evidentemente, tales afirmaciones en un contexto de acoso y derribo de las reminiscencias de la Revolución tienen su clara funcionalidad política.

b) La conformación de una discontinuidad con el Pasado. Si la arqueología centra su estudio en objetos «viejos», no le interesará realizar inferencias sobre la sociedad actual. El fin de nuestra disciplina, como se justifica más adelante, es el análisis de problemáticas sociales (definidas en el presente; existentes en el presente, por tanto) para, evidentemente, incidir en ellas. La visión definida desde la Arqueología que se critica, y su difusión a nivel social, contribuye a todo lo contrario. El pasado permanece, en todo caso, como objeto de curiosidad pero no puede contribuir, para nada, en la comprensión y solución del presente. En el mejor de los casos permitirá la creación de museos para facilitar el consumo por parte de un público que, a todas luces, se presume exógeno.

### **La conformación de un discurso populista sobre el Patrimonio**

El discurso arqueológico en Nicaragua, al igual que en el resto de América Latina, está sujeto a una realidad política donde las contradicciones son relativamente visibles. Una praxis como la que se ha señalado participa di-

rectamente de dichas contradicciones políticas. A nadie se le escapa a quién está dirigida y quién la consume; así como el papel que se le otorga al grueso de la sociedad tanto en su discurso sobre el pasado como en el uso de ese «Patrimonio Arqueológico». Así mismo, ha sido producto de duras críticas tanto de abundantes profesionales de la Arqueología del continente, con cierto eco social<sup>10</sup>, como por ciertas organizaciones populares y políticas. Uno de los ejes de esta crítica al discurso histórico-cultural ha sido su no voluntad de revertir en formación de profesionales locales que pudieran generar discursos propios. Probablemente por esta razón se está introduciendo lo que Vargas y Sanoja califican como discurso populista de la arqueología positivista (nosotros añadiríamos el calificativo de neocolonial) donde se plantea la necesidad de «*prácticas políticas para conservar la integridad física o la tangibilidad de los bienes culturales, pero sin ocuparse de generar teorías explicativas, ni de teorizar sobre las causas que determinan la destrucción de sitios arqueológicos...*» (Vargas y Sanoja 1995: 143).

En el caso concreto de Nicaragua, donde el monopolio norteamericano de ciertos campos del saber todavía sigue creando suspicacias, se ha acentuado todavía más este discurso populista. Así, en los últimos años se está introduciendo a la «comunidad» como partícipe del discurso arqueológico. La asunción de la participación popular en la gestión del conocimiento comporta aceptar una de las reclamaciones tradicionales de la izquierda política. En el caso mencionado ello conlleva cierta trampa. Así, se propugna la «*Autogestión Cultural*» que «*significa, en términos básicos, que la población local (a nivel de municipalidad o de barrio) defina sus necesidades y objetivos en el campo de la cultura*» (Lange et al. 1996: 173). Pero acto seguido se detalla como ejemplo de autogestión a la Alcaldía de Managua (*op. cit.* p. 174). Evidentemente, no se trata en este caso de una participación popular. La concepción de la descentralización de la actividad arqueológica a nivel municipal, que puede ser una opción positiva si detrás existe una propuesta social, concuerda perfectamente con los intereses del liberalismo reciente de reducir el aparato presupuestario estatal. La incidencia de la población en el uso del conocimiento eventualmente generado continua siendo escasa, si no nula. Mientras tanto, el nuevo vocabulario cumple su cometido, neutralizar posibles propuestas realmente alternativas para la realización de una Arqueología vinculada de forma real a su entorno histórico y la realidad social de la que forma parte.

---

<sup>10</sup> Lumbreras (1981), Fonseca (1988), Sanoja y Vargas (1990, 1995), por citar algunos.

## NUEVAS PERSPECTIVAS PARA LA ARQUEOLOGÍA EN NICARAGUA

El tipo de Arqueología descrita para el caso de Nicaragua tiene una clara traducción entre la sociedad. Una Arqueología basada en la secuenciación cultural y en el culto al objeto, fácilmente actúa como justificador de una Arqueología concebida como lujo patrimonial de aquél o aquella que puede pagarla. Esta afirmación es doblemente válida tanto para el campo del coleccionismo como para el campo de la investigación: posee «Arqueología» y hace «Arqueología» quien tiene posibilidades económicas. Paradójicamente, este es el «motor del freno» del desarrollo de la Arqueología científica en Nicaragua: en un país con unos niveles de miseria tan elevados, las prioridades van más allá de la consolidación de una ciencia que ni tan solo es concebida como tal. Es más, desde la perspectiva del coleccionismo, quedará «moralmente» justificado cualquier acto de huaquería o depredación: cumple sus dos funciones dentro de este estado de cosas. Por un lado, constituye una entrada adicional de ingresos para los sectores más pobres. Por otro, se cumplen los objetivos que popularmente se le atribuyen a la Arqueología: contribuir al engrandecimiento de las colecciones y de los museos privados tanto nacionales como extranjeros.

En cuanto al campo de la investigación, ese «motor del freno» que sería la situación económica del país, actúa de forma similar. El espejo de la tecnología más puntera que los vecinos del norte muestran a los arqueólogos «empíricos» nicaragüenses, les permite a éstos justificar la parálisis en que se ve sumida la investigación nacional: no hay suficientes recursos, no es posible la investigación. Bajo el resplandor de teodolitos digitales, microscopios de barrido electrónico y activación de neutrones, no existe todavía una colección de referencia para estudios de arqueozoología ni de paleobotánica, por hablar de cosas que no necesitan de mayor inversión que la voluntad de hacerlas y de responder al verdadero objeto de estudio de la Arqueología.

El cómo hacer realidad la praxis de la Arqueología en Nicaragua<sup>11</sup> y conseguir además que en el futuro sea un proyecto autosostenible, no es una meta inalcanzable. Para ello, creemos necesario romper algún mito, como por ejemplo el de asociar calidad en investigación a inversiones de capital inalcanzables para un país como éste. Otro, y bastante extendido, es el pensar que sólo el trabajo de campo es suficiente para ser un buen profesional. Es

---

<sup>11</sup> Entendiendo la Arqueología como Arqueología, o sea, como Ciencia Social e Histórica.

necesario, además, cambiar realmente el objeto de estudio de la Arqueología: pasar del estudio de los restos materiales de un grupo humano, al estudio de los grupos humanos a través de sus restos materiales. Este planteamiento, que no es nada nuevo, genera nuevas metas para la Arqueología Social (Fonseca 1988). Se trata, en pocas palabras, de fortalecer dentro de ese mismo objeto de estudio el vínculo pasado-presente, concepto este último también bastante tópico que proponemos remodelar. Partiremos, pues, de dos conceptos ya clásicos, y de la que pensamos debe ser su nueva articulación. Ella no debe pasar simplemente por la pregunta ¿cómo puede el conocimiento del pasado incidir en el presente?, sino que las preguntas, que obviamente se hacen desde el presente y desde la Arqueología, deben nacer de los problemas reales de ese presente. Esta propuesta de Arqueología Social *jamás* debe malentenderse como una «Arqueología de Subsistencia». ¿Qué queremos decir con esto y por qué lo decimos?:

1. Nos referimos en términos de «subsistencia» de la propia ciencia arqueológica en unas circunstancias ya descritas (sobre todo las económico-sociales). Una Arqueología que pretenda en lo aparente incidir sobre los problemas cotidianos de la población es más «vendible» a nivel de acogida social. A pesar de que, como en política, no se trata de hacer una Arqueología meramente populista que no aborda las contradicciones sociales desde una praxis sino tan sólo desde un sentido común, buscando únicamente afectar los fenómenos. Por el contrario, la Arqueología Social, en tanto que praxis alternativa, deberá abordar las problemáticas sociales desde su génesis en las contradicciones del presente.

2. Nos referimos también a «Arqueología de Subsistencia» precisamente en el sentido que enunciábamos más arriba de «populista-asistencia-lista». Una de las cosas que debiéramos plantearnos es qué entendemos por «problemas cotidianos» para no caer en este tipo de Arqueología. Creemos que no son sólo problemas cotidianos el maltrato a las mujeres, la pobreza o el agotamiento de los suelos provocado por la imposición del monocultivo; es un problema cotidiano el no tener mecanismos para entender esos problemas y poderlos afrontar. Esos medios, desde la Arqueología, podemos ofrecerlos a través del conocimiento del pasado entendido como un todo eje diacrónico dinámico y del proceso de socialización de ese conocimiento.

Lo que aquí planteamos podríamos ilustrarlo con un claro ejemplo, fruto de nuestra experiencia en el país. En una práctica de análisis del proceso de producción cerámica, nos trasladamos con un grupo de estudiantes a la

vivienda de una mujer de unos 55 años que elabora cerámica de consumo doméstico. Las condiciones de vida del núcleo familiar son de una precariedad extrema, siendo el único espacio de habitación área de almacenaje de materias primas (leña, barro, arena), área de manufactura y de almacenamiento de la cerámica ya cocida (a horno abierto en la calle) al mismo tiempo. En uno de los trabajos que cada estudiante entregó se recogió la siguiente cita textual: «... yo trabajo el barro desde jovencita, que me enseñaron mi mamá y mi abuela, y a mi abuela la enseñó su mamá y su abuela también...». La conclusión a la que llegó la estudiante, obviamente, es que se había producido una transmisión generacional del conocimiento. Pero la idea general de la conclusión, la «transmisión», se llevó más allá: Dña. María Laura había «... heredado la pobreza de sus predecesoras». Implícitamente, se estaba concluyendo que la pobreza es una posición social naturalmente heredada. La estudiante, al serle comentado el informe, no era consciente de las ideas subyacentes a su propio análisis; ni tan sólo había anotado en su trabajo que la señora elabora la cerámica de forma totalmente manual, sin más medios de producción que sus propias manos, un molde y unas piedras de playa para darle lustre. Pasó desapercibida la falta de acceso a medios de producción como un horno, un torno, etc.

En este caso, un ejemplo de «Arqueología de Subsistencia» sería (en el doble sentido expresado más arriba) realizar una serie de talleres populares donde se enseñara a las artesanas/os a construir tornos de patada y hornos basados en sencillos pero efectivos ejemplos arqueológicos y etnográficos. La Arqueología Social debería, además, buscar la fórmula para dar a entender a la comunidad los orígenes de la desigualdad, del acceso desigual a los recursos y a los medios de producción, de mostrar que la Historia no es estática, ni es «hereditaria», y que es el propio ser humano quien puede cambiarla. En definitiva, estudia las contradicciones generadoras del movimiento social, y no únicamente algunos efectos particulares de éstos (como fenómenos) (Gassiot *et al.* e.p.).

## CONCLUSIÓN: HACIA UNA ARQUEOLOGÍA SOCIAL EN NICARAGUA

Es algo ampliamente asumido que la Ciencia, como génesis del Conocimiento, se inserta dentro del proceso social. Ya sea como producto de un subjetivismo idealista en la producción de todo Saber, como afirma una parte de nuestras/os colegas, o de la inserción en el mercado sujeto a la oferta y la demanda como afirma otra gran parte de ellos/as, éste es un hecho que no

se puede obviar. Así lo hemos remarcado al referirnos a la práctica arqueológica dominante en Nicaragua hasta la fecha. La falta de implicación directa con el entorno social, pasado (en el sentido de que no se aborda la dinámica social como objeto real de estudio) y presente, ha dado como producto fenómenos concretos y repetidos como los señalados arriba. Sin reiterarnos en las implicaciones a lo interno de Nicaragua, baste señalar que en el campo del conocimiento, este país del llamado Tercer Mundo ha sido otra vez víctima de un intercambio desigual. Un síntoma de ello es el acceso diferencial a la bibliografía sobre la Nicaragua prehistórica entre estudiantes norteamericanos/os o europeos/as y los nicaragüenses, sin hablar del grado de formación obtenido por los diferentes integrantes de los últimos equipos «mixtos» que han trabajado en la zona de Managua.

La propuesta que aquí se presenta entiende la Arqueología Social no sólo como la opción de la Arqueología en Nicaragua, sino como Arqueología. En lo que queda daremos la justificación de la propuesta concreta iniciada en el apartado anterior. Para ello partiremos de la concepción de Ciencia como praxis integrada por una serie de articulaciones teóricas, un conjunto de procedimientos para relacionar estas y otras explicaciones derivadas y lo realmente existente y, evidentemente, una realidad social que genera esta praxis y que, a su vez, es modificada por ella. Junto a la concepción de Ciencia, y por ende de Arqueología, como Teoría, Metodología y Socialización, otro elemento característico de ésta consiste su integración como un Todo (Praxis). El aislar uno de los tres segmentos, ya no como un mero recurso analítico, comporta cercenar la naturaleza del hecho científico. Actitudes como ésta justifican, en segunda instancia, las confusiones actuales sobre la naturaleza de la relación Sujeto-Saber. En el desarrollo de la Arqueología Social se tiende, progresivamente, hacia una praxis abarcadora del hecho en sí. Hace tiempo que se ha comprendido que el Conocer, que implica Actuar, transforma la realidad desde la que se inicia la acción de conocer.

Latinoamérica aporta varios ejemplos en nuestro campo. Uno de ellos lo constituye la creación del Museo de Real Alto, Ecuador, en la década de los años 80 por parte de los equipos que estaban excavando sitios del periodo Valdivia. Tanto su diseño como su ejecución y posterior gestión se fraguaron durante múltiples reuniones entre los equipos de arqueólogos-as y representantes de las comunidades indígenas de la zona. En ellas se definieron como problemas históricos preocupaciones de ambas partes, y pasaron a integrar el guión museográfico como vectores principales.

Por otro lado se percibe la indisolución entre una explicación avanzada de los fenómenos y un conjunto de métodos y técnicas en consonancia. La introducción de nuevos campos disciplinares a la Arqueología es condición

indispensable para el desarrollo de una teoría materialista dialéctica de la realidad. La visión de esta simbiosis necesaria entre explicación y trabajo «empírico» es uno de los pilares de la Arqueología Social. Ello implica un mayor énfasis no sólo en la operacionalización de las propuestas teóricas, sino también un desarrollo de la teoría (y la práctica) de la observación.

El otro pilar, como hemos indicado más arriba, deberá ser la Socialización. Socialización entendida no como la inserción de una determinada forma del Conocimiento ya finito en el mercado. Socialización que debe iniciarse en el mismo comienzo de la investigación, con un planteamiento de problemáticas y objetivos de acuerdo con el entorno social (o acercando entorno «social» y entorno «científico» en sentidos restrictivos). En un país como Nicaragua, con grandes contradicciones, ésta es la única forma de mantener una arqueología endógena y coherente con la realidad social. Con ello no pretendemos abrir los equipos de trabajo de campo y laboratorio (o todas las tareas de campo y laboratorio) a todas las personas del entorno inmediato a éstos. Tal opción estrictamente basista no haría más que mermar unos objetivos fijados, justificadores de por sí de la propia investigación. La inclusión del público como agente en la creación de conocimiento histórico, no implica, por sí misma, su integración en procesos concretos de obtención de datos, a menudo técnicamente y metodológicamente muy complejos. Se propone lo inverso, explicitar la integración de los equipos a las contradicciones sociales que se manifiestan en el Presente (la explotación de las mujeres, el conflicto de clases, el empobrecimiento de los suelos derivado del régimen de propiedad,...), y cuyo conocimiento diacrónico puede contribuir en la lucha por la transformación del Presente y del Futuro. Tal integración, como esperamos haber ilustrado, se da ya a lo interno del Conocimiento. Así como el altamente moldeable análisis de la difusión de cerámicas en base su aspecto estilístico se integra exitosamente con explicaciones naturalistas y presentistas de las diferencias entre el Norte y el Sur de América, propuestas como la de Arqueoecología, Arqueología Feminista, etc, participan de una voluntad de contribuir a solventar alguna de las grandes crisis que atraviesa, no sólo el Tercer Mundo, sino la sociedad en general. Y, es a su vez una opción realista pensar en una arqueología estable, duradera y con frutos de calidad en lugares como Nicaragua.

## **Agradecimientos**

El presente trabajo ha sido posible gracias a la beca FPU concedida por el Ministerio de Educación y Ciencia de España a Beatriz Palomar y la beca

FI otorgada por el Comissionat per a les Universitats i la Recerca de la Generalitat de Catalunya (España) a Ermengol Gassiot.

## BIBLIOGRAFÍA

AA.VV.

1993 *30 años de Arqueología en Nicaragua*. Managua: Museo Nacional de Nicaragua-INC.

BOVALLIUS, C.

1886 *Nicaraguan antiquities*. Estocolmo: Swedish Society of Anthropology and Geography.

BOYLE, F.

1868 *A ride across a continent. A personal narrative of wanderings through Nicaragua and Costa Rica*. Londres: Richard Bentley.

BRASWELL, G.

1996 «El intercambio comercial entre los pueblos de Mesoamérica y la Gran Nicoya». Ponencia presentada en la University of Mobile, Latin American Campus. Carazo (Nicaragua).

BROWN, M., M. KRIEG y Ch. WILMOTT

1996 «La Segunda Temporada en el sitio Villa Tiscapa (N-MA-36)» en *Abundante Cooperación Vecinal: La Segunda Temporada del Proyecto Arqueología de la Zona Metropolitana de Managua* (F. Lange ed.) pp. 9-36. Managua: Alcaldía de Managua.

ESPINOZA, E.

1995 «La Cerámica temprana de Managua y sus vínculos regionales» en *Descubriendo las huellas de nuestros antepasados* (F. Lange ed.) pp. 17-24. Managua: Alcaldía de Managua.

ESPINOZA, E. y R. GARCÍA

1995 «El impacto del desarrollo económico sobre el patrimonio arqueológico, caso específico: Proyecto azucarero Victoria de Julio» en *Cultura y Naturaleza Sin Fronteras* (F. Lange y M. Molina eds.) pp. 77-86. Managua: USDA Forest Service Southern Region-Instituto Nicaragüense de Cultura.

ESPINOZA, E., R. GONZÁLEZ y D. RIGAT

1993 «Estudios arqueológicos en la Cuenca del Lago Managua» en *30 años de Arqueología en Nicaragua* (AA.VV. ed.) pp. 115-126. Managua: Museo Nacional de Nicaragua-INC.

- FONSECA, O. (ed)  
 1988 *Hacia una arqueología social. Actas del Primer Simposio de la Fundación de Arqueología del Caribe* (1984, Vieques, Puerto Rico). San José: Ed. de la Universidad de Costa Rica.
- GASSIOT, E., B. PALOMAR, J. ESTÍVEZ y D. ZURRO  
 e.p «Archaeology without Frontiers: Cooperation between UAB (Spain) and UNAN (Nicaragua)», *Third Annual Meeting of E. A. A. Ravenna*, September 24-28, 1997.
- GORIN, F.  
 1990 *Archéologie de Chontales, Nicaragua*. Tesis de Nouveau Doctorat. París: Université de Paris.
- GRAMSCI, A.  
 1983 *El Materialisme Històric i la Filosofia de Croce*. Barcelona: Ed. Laia.
- LANGE, F. W.  
 1993 «El desarrollo de la Investigación Prehistórica en Nicaragua» en *30 años de Arqueología en Nicaragua* (AA.VV. ed.) pp. 9-16. Managua: Museo Nacional de Nicaragua-INC.  
 1994 «Evaluación histórica del concepto Gran Nicoya», *Vínculos*, vol. 18, n.º 1-2, vol. 19 n.º 1-2: 1-8.  
 1995 «Curso Regional de Actualización para Arqueólogos en Servicio» en *Cultura y naturaleza sin fronteras* (F. Lange y M. Molina eds.) pp. 5-8. Managua: USDA Forest Service Southern Region-Instituto Nicaragüense de Cultura.  
 1996 «Gaps in Our Databases and Blanks in Our Syntheses: The Potential for Central American Archaeology in the Twenty-First Century» en *Paths to Central American Prehistory* (F. Lange ed.) pp. 305-326. Niwot: University Press of Colorado.
- LANGE, F. W. (ed.)  
 1995 *Descubriendo las huellas de nuestros antepasados*. Managua: Alcaldía de Managua.  
 1996 *Abundante Cooperación Vecinal: La Segunda Temporada del Proyecto Arqueología de la Zona Metropolitana de Managua*. Managua: Alcaldía de Managua.
- LANGE, F. W., R. BISHOP y P. C. LANGE  
 1987 «La Geología y la Arqueología de la Cerámica Prehistórica de la Gran Nicoya», *Vínculos*, vol. 13, n.º 1-2: 7-34.

- LANGE, F. W., P. SHEETS, A. MARTÍNEZ y S. ABEL-VIDOR  
1992 *The Archaeology of Pacific Nicaragua*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- LANGE, F. W. y E. ESPINOZA  
1995 «Los recursos arqueológicos urbanos de Nicaragua y su preservación» en *Descubriendo las huellas de nuestros antepasados* (F. Lange ed.), pp. 129-134. Managua: Alcaldía de Managua.
- LANGE, F. W., E. ESPINOZA y R. GARCÍA  
1996 «La autogestión cultural: hacia una tercera etapa del Proyecto Arqueología de la Zona Metropolitana de Managua» en *Abundante Cooperación Vecinal: La Segunda Temporada del Proyecto Arqueología de la Zona Metropolitana de Managua* (F. Lange ed.) pp. 173-176. Managua: Alcaldía de Managua.
- LANGE, F. W. y M. MOLINA (cds.)  
1995 *Cultura y naturaleza sin Fronteras*. Managua: USDA Forest Service Southern Region-Instituto Nicaragüense de Cultura.
- LOTHROP, S. K.  
1926 *Cerámica de Costa Rica y Nicaragua*. Managua: Fondo Cultural Banco de América. (Reedición de 1979).
- LULL, V. y R. MICÓ  
1997 «Apuntes de teoría arqueológica I. Los enfoques tradicionales: las arqueologías evolucionistas e histórico-culturales», *Revista d'Arqueologia de Ponent*, n.º 7: 107-128.
- LUMBRERAS, L. G.  
1981 *La arqueología como ciencia social*. Lima: Ed. Peisa.
- MAGNUS, R.  
1974 *The Prehistory of the Miskito Coast. A study in cultural relationships*. Ph. D. Dissertation. Yale University.
- PATTERSON, T. C.  
1986 «The Last Sixty Years: Toward a Social History of Americanist Archaeology in the United States», *American Anthropologist* 8: 7-26.
- RIGAT, D.  
1992 *Prehistoire au Nicaragua. Région de Juigalpa*. Tesis de Nouveau Doctorat. L'Université de Paris. París.
- SQUIER, E. G.  
1989 *Nicaragua. Sus gentes y sus paisajes*. Managua: Ed. Nueva Nicaragua.

STAUBER, D.

- 1996 «Excavaciones arqueológicas e investigaciones preliminares en el Sitio Los Placeres (N-MA-1)» en *Abundante Cooperación Vecinal: La Segunda Temporada del Proyecto Arqueología de la Zona Metropolitana de Managua* (F. Lange ed.) pp. 49-68. Managua: Alcaldía de Managua.

VARGAS, I. y M. SANOJA

- 1990 «Patrimonio Cultural: ¿Inventario o Proceso Histórico?». *Actas de la Tercera Conferencia del Nuevo Mundo sobre Arqueología de Rescate*, pp. 41-51. O.E.A. Caracas.

- 1995 «La Arqueología como ciencia social y su expresión en América Latina», *Revista de Arqueología Americana* n.º 9: 141-166.

VÁZQUEZ, R., F. LANGE, J. HOOPES, O. FONSECA, R. GONZÁLEZ, A. ARIAS, R. BISCHOP, N. BORGNINO, A. CONSTENLA, F. CORRALES, E. ESPINOZA, L. FLETCHER, J. GUERRERO, V. LAUTHELIN, D. RIGAT, S. SALGADO y R. SALGADO

- 1994 «Hacia futuras investigaciones en Gran Nicoya», *Vínculos*, vol. 18 n.º 1-2, vol 19 n.º 1-2: 245-278.

WHALLON, R.

- 1987 «L'Arqueologia nord-americana dels 80. El llegat de l'Arqueologia com a Antropologia», *Cota Zero* n.º 3: 103-109.